



DANIEL
OJEDA

Venimos de
un lugar llamado
**primer
amor**

CROSS
BOOKS

Daniel Ojeda

Venimos de un
lugar llamado
primer amor



CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Daniel Ojeda Checa
© de las ilustraciones de cubierta e interior, Alba Cantalapiedra

© Editorial Planeta S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2021
ISBN: 978-84-08-22487-7
Depósito legal: B. 5.739-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El círculo de las tortugas

Hay caparazones que se rompen por elección propia.

Pienso en ello mientras miro a través de la ventanilla del vagón de metro. Mis ojos comprueban la oscuridad en la que nos sumerge el túnel, pero en la cabeza tengo un montón de tortugas escondidas en su zona de confort, esa en la que han estado desde que nacieron, protegidas de cualquier peligro.

Aunque pudieran, ellas jamás harían daño a su propio caparazón. Sin embargo, yo estoy sintiendo que acabo de hacerlo añicos y, aunque encuentro en ello una pizca de emoción, sobre todo gana el miedo. A pesar de que el resto de los pasajeros no puedan verlo, en la espalda aún tengo algunos restos de mi propio caparazón. Llevo la mano hacia allí y disimulo fingiendo que me estoy rascando; no encuentro nada más que mi piel, la misma sobre la que resbalan mis dedos por el sudor. Estoy nervioso porque una de las razones por las que rompo con esa burbuja de seguridad, construida durante años, es un chico. Llevo viendo sus fotos desde hace tres meses, hablando a diario con él e incluso quedándome dormido mientras escucho su voz. No podía atrasar el conocerle si me gusta tanto como dice mi estómago. Quiero hacerlo, tengo que hacerlo y necesito hacerlo.

Cuando los verbos «querer», «tener» y «necesitar» se ponen de acuerdo, nada puede salir mal, o eso creo. El teléfono vibra dentro del bolsillo de mi pantalón y me vuelvo hacia una de esas barras amarillas para agarrarme mientras lo saco.

En la pantalla pone: «Mamá».

Me digo que no debería contestar, me pondrá más nervioso. Pero por mucho que crea que he roto el escudo con el que vivía hasta ayer, solamente he empezado a hacerlo. Ella forma parte de él. Sacudo la cabeza, confuso, y cojo la llamada. Me quedo callado unos segundos y entonces es mi madre quien habla.

—¿Dónde coño estás, Cruz? Te has ido sin decir nada, cariño...

Sonrío porque podría reconocerla solo con el saludo. La primera pregunta no suena violenta en ella, solo preocupada.

—He quedado con un amigo, se me ha olvidado decírtelo. Perdón.

—No pasa nada, pero ten cuidado, por favor. No saques mucho el móvil por la calle, que hay mucho ladrón suelto, y tampoco te arrimes demasiado a la vía del metro, tú bien pegadito a la pared —me dice. Voy a responder, pero me interrumpe rápidamente—. Tampoco vengas muy tarde, ya son las ocho y luego cuando vienes está todo muy oscuro.

Vuelvo a sonreír porque esas palabras no podrían sonar más a ella. La mujer que anuncia la siguiente parada se cuela en la llamada.

—Sí, sí, no te preocupes. Te tengo que dejar, que ya estoy llegando...

Me pongo de puntillas y soy más alto por unos cortos segundos. Cuando creo que vamos a colgar, mi madre hace la pregunta que sabía que llegaría:

—¿Quién es ese amigo con el que has quedado?

—Un amigo. Uno de esos con los que quedas a tomar algo, hablas de tus cosas y luego cada uno a su casa. Nada más.

—Pero ¿tú te crees que soy tonta? —Su tono siempre es más alto de lo normal, pero esta vez levanta tanto la voz que temo que el resto de los pasajeros la esté oyendo—. Llevas días mirando el móvil embobado, hijo.

Acabamos de llegar. Las puertas están a punto de abrirse. Salvado por la campana.

—Llegué. Luego hablamos, no te preocupes por nada, está todo bien.

Casi todo el mundo se baja en Atocha Renfe, yo soy el último en hacerlo. Todo es tan grande que me siento aún más pequeño. Estiro el bajo de la camiseta esperando que no se me marque nada y levanto la cabeza para perder la mirada entre los altos techos de la estación. Debería dejar de hacer eso si no quiero caerme y ser el hazmerreír de Madrid. Aunque junio no da tregua con el calor, en la estación es más llevadero. Mientras me dirijo al punto exacto en el que he quedado con Thiago, observo las espaldas de la gente. Imagino que en la piel de las personas que caminan más rápido que yo empiezan a dibujarse algunos de los mensajes que nos hemos mandado. Como si fueran tatuajes. A aguja, con el color de la sangre alrededor de las letras y en otros la costra que señaliza que ya está cicatrizando.

Thiago: Eres el primer chico al que conozco en una red social y le doy mi número.

Cruz: Eso me hace sentir especial.

Thiago: Tal vez lo seas en algún momento.

Eso fue después de ponerle un comentario en una foto en la que se le veía de perfil y el tatuaje de un escorpión en el cuello, detrás de la oreja. Era por su horóscopo, casualmente el mismo que el mío. Ninguno de los dos creemos demasiado en ellos, pero sin embargo es lo que hizo que el resto de los días el uno siguiera esperando los buenos días del otro.

A medida que me acerco, recuerdo los mensajes que vinieron después.

Cruz: Tú a mí también empiezas a gustarme...

Thiago: Te has quedado dormido y ahora no puedo dejar de pensar en ti.

Y después.

Thiago: Al final voy en junio a Madrid a hacer el examen para entrar en Diseño.

Cruz: ¿En serio?

Y después.

Thiago: Quiero verte, será poco tiempo porque sale el tren y viene mi madre conmigo, pero mientras ella está con un amigo... Quiero verte.

Cruz: No sé si podré, tengo que ayudar a mi madre con unas cosas de casa.

Thiago: Hemos imaginado esto durante

meses, te dije todos los planes que haremos cuando viva allí... ¿Dónde nos veríamos si vinieras?

Cruz: Si vas como si fueras a coger el tren directamente, antes de subir hay unos estanques con tortugas. Allí.

Thiago: Qué casualidad, ahí es donde te voy a esperar.

Y aquí estoy. Una parte de mí piensa en que aún estoy a tiempo de echarme atrás. Volver a casa, sumergirme en un libro e imaginar la manera en la que Thiago se mueve, el brillo de sus ojos al mirarme o el mío reflejado en los suyos. No me muevo. Me quedo completamente quieto, deseando que mi caparazón se regenere lo más rápido posible para poder meterme dentro y dejar de sentir las no miradas de todos aquellos que esperan a alguien importante en la estación. Cuando ya estoy cerca del estanque, el móvil vuelve a vibrar en el bolsillo. Me ha escrito.

«Ya estoy aquí, dime que has venido.»

«He venido», respondo.

Entonces le veo cruzar las puertas correderas y olvido lo poco que sé sobre él. Thiago anda con la seguridad que yo no encuentro y clava sus ojos marrones en mí. Está despeinado, pero parece hecho a propósito. Sonríe y yo tengo la sensación de que va a ocurrir algo especial; por ejemplo, que las tortugas saldrán del estanque y formarán un círculo a nuestro alrededor. Lleva una carpeta enorme bajo el brazo y una cruz de madera colgada al cuello. Justo después me fijo en su camiseta.

Negra y mangas blancas. En el centro pone «click».

El sonido de una cámara de fotos.

Si me capturara ahora mismo, saldría un poco encorvado para ocultar mis complejos, con las manos en los bolsillos, la mirada puesta en él y la misma sonrisa que probablemente ve mi madre cuando recibo un mensaje de Thiago.

El tiempo parece acelerarse y, de repente, Thiago ya está a mi lado. No decimos nada. Me abraza y entonces me estiro y mi cuerpo encaja con el suyo de una forma extraña. Su olor me envuelve por primera vez y su risa me llega sin pantallas de por medio. Me recupero a mí mismo y por primera vez siento que el miedo se deshace como si fueran dos terrones de azúcar en una taza de café hirviendo.

—¿Has sentido eso? —le pregunto.

Mira a nuestro alrededor intentando entender a qué me refiero. Tal vez habría sido mejor preguntarle si ha sentido lo mismo que yo al verle, pero en el último momento recuerdo que en el mundo real no es tan fácil dejar salir lo que piensas de verdad.

Le hago un gesto con la mano, restando importancia a lo que acabo de decir.

—Perdón por llegar un poco tarde, mi madre y mi tío me han entretenido... —Señala hacia atrás, donde veo a una mujer morena hablando con un hombre de pelo canoso y con gafas.

—Tranquilo, tampoco es que el metro de Madrid haya volado.

—Tenía ganas de conocerte.

—Y yo. Aunque, bueno, en realidad es raro, en estos meses sentía que te conocía más de lo que siento que te conozco ahora que te veo.

Es raro. Ha pasado de ser una voz o palabras en un móvil a alguien que me mira atentamente, me agarra la mano sin pudor y me lleva hasta la cafetería de la estación que está

justo a nuestro lado. Nos sentamos y me habla de lo difícil que ha sido el examen, que tiene ganas de dejar Barcelona para venirse a vivir a Madrid y estudiar Diseño de moda, que nunca había visto La Cibeles y hoy ha pasado junto a ella, que me enseñará los dibujos que están dentro de la carpeta negra si le prometo que algún día yo le leeré lo que escribo. La camarera nos trae dos zumos de naranja y dos cruasanes recién hechos. Nos pide que paguemos directamente y lo hago yo antes de que él se adelante. La luz anaranjada de las lámparas que hay entre las mesas se proyecta directamente en su cara.

—Prometo que te leeré, pero antes tienes que vivir aquí —respondo.

Entrecierra los ojos y noto como hace chocar su pie con el mío por debajo de la mesa. No veo imposible que Thiago se mude a Madrid; su tío vive cerca de la estación, pero la condición de su madre para que el deseo de su hijo se cumpla es que venga a estudiar.

—Eso es lo que va a pasar. —Abre la carpeta y me fijo en los vestidos que hay dibujados en un montón de cartulinas blancas—. Tú me lo dijiste hace un mes o así, que tenía pinta de ser de esos chicos que no paran hasta que consiguen lo que quieren.

—Sí, suena a algo que yo diría. —Río, mucho más relajado.

—Pues acertaste: soy justo ese tipo de chico.

Alza las cejas y vuelvo a mirar las cartulinas. Todos los dibujos están hechos a lápiz; la mayoría de ellos tienen fecha, menos uno. Cuando llego al último, levanto los ojos hacia Thiago un instante y me doy cuenta de que está conteniendo la respiración. Es el retrato de un chico. Tiene las cejas gruesas, y pese a que está dibujado con carboncillo, sé que son negras, igual que sé que los ojos que miran a la nada son ma-

rrones, que el pelo en tupé es tan oscuro como el color de la carpeta y que, pese a tener dieciocho años, la barba que enmarca la línea seria de sus labios le crece frondosa, aunque corta. Sé todo eso porque el del dibujo soy yo.

Levanto la mirada hacia Thiago.

—¿Lo habías planeado?

—Puede ser.

—¿Me lo vas a regalar? —Bajo las manos al regazo y las entrelazo, nervioso.

—Ese dibujo me gusta demasiado como para regalarlo.

Los dos bebemos zumo al mismo tiempo y mientras él da un mordisco al cruasán, yo lo reduzco a trozos pequeños y me meto uno de ellos en la boca. Comienza a ablandarse en mi lengua y entonces Thiago se pasa la suya por los labios intentando borrar cualquier rastro de lo que acaba de comer.

Antes me gustaba alguien a quien imaginaba, pero ahora que han desaparecido las pantallas, agradezco no reducir la ilusión a unos mensajes o unas llamadas que habrían terminado por consumirse.

Thiago vuelve a guardar las muestras que ha llevado al examen, por si acaso, y llama a su madre para quedar con ella una vez pasado el control de la estación. Odio las manecillas del reloj porque no se han quedado media hora más sin hacer de las tuyas. Y probablemente ellas me dirían que me aclare, que hace nada me he planteado irme por el jodido miedo que se te mete en la garganta cuando crees que no serás suficiente. El tren a la estación de Sants sale de la planta de arriba.

Thiago sube la rampa mecánica corriendo y yo intento alcanzarle, pero no lo consigo. Él mira hacia atrás y suelta una carcajada que amenaza con devolverme a la planta de abajo, al estanque, con las tortugas. Cogemos aire frente a la zona acordonada donde yo ya no puedo entrar. Aunque solo

hemos pasado una hora juntos, ya nos miramos de forma distinta. El uno frente al otro. Primero me fijo en sus ojos, después en su nariz con la punta un poco hacia arriba y después en sus dientes. Cuando cierra la boca solo quedan sus labios.

—Bueno —se lleva la mano a la nuca—, hablamos en cuanto me suba al tren.

—Sí, espero volver a verte pronto. Me alegro de no haber sido un imbécil y haber venido.

—Ya quedamos en que me ayudarías con la decoración, la verdad es que mi tío no tiene buen gusto. —Mira hacia un lado, la cola avanza y no le queda más tiempo—. Y oye...

Pasa sus dedos por mi pelo y me despeina, pero eso nunca me ha importado. Al hacerlo se ha acercado lo suficiente como para poder ver a través de mí. Junta su nariz con la mía y la repasa despacio, hasta coger la postura perfecta para besar-me. Es mi segundo beso, pero siento que es el primero. Encaja su boca con la mía y él atrapa mi labio inferior en una pequeñísima porción de tiempo que me sabe a cruasán. Se separa lentamente, sin decir nada, y es el último en pasar el control.

Voy en busca de la salida. Meto la mano en el bolsillo, esta vez sin la intención de esconderme, y saco el móvil, ese mismo al que vuelve a verse reducido Thiago: un montón de palabras que crean una historia que aún no ha sucedido, una vibración que conjura un sentimiento en mí que llega a darme aún más miedo que yo mismo, un tono de voz que me invita a romper con lo que haga falta para saber qué hay detrás del chico que me ha dibujado sin permiso. Cuando estoy a punto de volver a coger el metro de vuelta, el chico que me ha besado antes de irse me envía una pregunta trampa:

Thiago: ¿Te ha gustado?

Cruz: Lo suficiente como para querer el
segundo.

Thiago: Me refería a verme, no al beso,
tonto.